

nio) y la Independencia (yo mismo). Pero cuando el pasado invierno me envió Maritain su *Carta sobre la Independencia* le contesté otra —que no llegué a enviarle— carta que era desde, y bajo, la independencia. Ahora, empiezo a sospechar que se descubre la libertad, cuando se pierde la independencia.

Unamuno quería libertarse de “esta cárcel”, de “estos hierros”, como los llamaba Santa Teresa, en que el alma está metida. Ahora lo habrá logrado. Antes hubiera sido vano. Las estrellas están clavadas, ahí en el firmamento, a fuerza de ser interdependientes. Y, aquí, en la tierra sucede siempre lo que nos decía Reverdy: se cree libre aquel que no ha medido todavía el alcance de sus cadenas.

En su lucha desesperada, pidiendo inmortalidad, Unamuno se asía también a sus hierros. Quería vida perdurable, obra imperecedera. Hace poco, cayó en mis manos una página suya, escrita muy a principio de siglo, que terminaba con este clamor: “¡Que no acabe este ensayo, que no acabe ninguna de mis obras, que mi vida no acabe Dios mío!” No recuerdo si decía “termine” o “acabe” o “concluya”, porque le cito de memoria, pero sé que Unamuno temió a la obra acabada, porque es obra finita, labor concluida la que ha llegado a ser obra maestra. La obra es acción y no acaba en un escritor, tan vivo y tan en pie como Unamuno. Termina, sí, al fin, la lucha, la agonía.

Con haber dedicado un libro íntegro —su obra más acabada— al *Sentimiento trágico de la vida*, Unamuno dejó por definir lo que era, para él, la verdadera tragedia: el sentimiento de la adversidad que rigió toda su existencia. Cada cosa le presentaba una cara de luz y otra de sombra, y Unamuno pugnaba por darle la vuelta.

“No vemos más que un solo lado de las cosas”, decía Víctor Hugo, a quien por cierto, cada vez se iba pareciendo más Unamuno. Hay que darles la vuelta una vez y otra en el transcurso inmóvil de lo que llamaba él: la eternidad presente. Le preocupó lo nuestro, y fue la adversidad su designio, su sino. Cristiano, injerto de griego, Unamuno fue hechura de infortunio: adversario de cada cosa, todo le ha sido adverso. Y en la Gracia —esa décima musa, según Claudel— buscaba, sin querer, un destino capaz de ser opuesto al otro destino.

El mundo ha dado en llamar espíritu de contradicción a esa necesidad virulenta de sentirse diametralmente interesado en las cosas, y no poder abandonarlas ni conformarse a ellas. Así se engendra eso que caracterizaba a Unamuno, y que Ortega, a los veinte años, calificaba ya, en él, de “vicio intelectualista”. Así se enquistaba cierto prurito filosófico, empecinado siempre en darle vuelta a las cosas. El hombre está al acecho, y un cierto día, en que la vida lo sorprende propicio, se echa sobre él, lo empuña y le da la vuelta de una vez para siempre.

Unamuno está al otro lado. Goce su alma de Dios, ahora que su persona es ya invulnerable a la adversidad y a los adversarios.

(De *Revista Cubana*. La Habana).

Es preciso obrar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción

Por HENRI BERGSON

SOY ya lo bastante viejo para haberme encontrado, cuando ya no era joven, al lado de nuestro querido y admirado Xavier Léon, cuando fundó el Congreso de Filosofía. Ello fue, también, durante una exposición internacional universal, el año de 1900. Algunas gentes mostráronse sorprendidas entonces de que se hubiese tenido la idea de presentar entre las herramientas, máquinas y otros productos materiales de la civilización, una exhibición del pensamiento mundial bajo sus formas más elevadas y abstractas. En realidad, Xavier Léon hubo de sentir entonces lo que las épocas siguientes han venido a comprobar, a saber: que nuestras invenciones y descubrimientos más maravillosos se volverán contra nosotros si no sabemos dominarlos; que el solo engrandecimiento del cuerpo de la humanidad no hará sino incapacitar a ésta para dirigirse y aun para sostenerse en pie, si no une a aquel engrandecimiento, una demasía de energía moral. Los problemas políticos y económicos, sociales e internacionales que se presentan hoy en día, no hacen sino traducir, cada uno a su manera, esa desproporción que ha llegado a ser monstruosa entre el cuerpo y el alma del género humano, pues el alma, llegado el momento, no ha sabido ensancharse a su vez y va de aquí para allá dentro de un cuerpo que ha resultado ser demasiado grande para ella. Ciertamente nuestra filosofía no puede bastarse a sí sola en la tarea de restablecer el equilibrio perdido: requiérese una voluntad en plenitud de todas sus fuerzas; requiérese también la experimentación individual y colectiva, única capaz de revelar las imprevisibles consecuencias de cualquiera decisión, y de hacer viable así la trayectoria de lo posible a lo imposible. Pero felizmente esta voluntad, fuerte y buena, existe en gran número de gentes, y por cuanto a la experimentación, bien vemos que se practica ante nuestros ojos en la forma de regímenes políticos y de organizaciones sociales que hoy sólo nos impresionan por sus antagonismos, pero que más tarde hallaremos que han colaborado todas en una sola, única y grande experiencia. Venga pues la filosofía a dar a todos una conciencia plena de su movimiento, para facilitar los análisis y sugerir las diversas síntesis, y una nueva era podrá abrirse en la historia de la humanidad. Por lo que a mí respecta, veo que las máquinas han comenzado por agravar la des-

igualdad de los hombres, pero a base de pedirnos en seguida un trabajo humano tan reducido, para una producción material tan abundante, que todos tendremos el ocio necesario para dedicarnos a las operaciones más nobles del espíritu: letras y ciencias, artes y filosofía. Consecuentemente y ya en plena marcha se ejercerá la selección que determinará a los escogidos, pero todos estarán igualmente equipados en el momento de partir, y no tan solo unos cuantos favorecidos por las circunstancias. En número, pero sobre todo en valor, las *élites* se verán aumentadas. Acaso vaya a provenir de aquí una transfiguración de la humanidad. La célebre elegía en que Thomas Gray llora en un cementerio campesino pensando en el gran hombre que acaso esté enterrado allí, no tiene ya actualmente sentido... Tales son algunas de las reflexiones—utopías o paradojas hoy, vulgaridades tal vez mañana—que suscitará entre los filósofos la inserción de un congreso filosófico en una exposición universal.

Y estas reflexiones han de verse reforzadas, si consideramos que nuestro congreso está colocado bajo la invocación de Descartes, pues ciertamente Descartes fue el genio mismo de la especulación. Espíritu coextensivo al universo, él dió nueva forma al pensamiento humano. Él creó pieza a pieza, o casi de esta manera, una matemática a la cual un matemático ha podido aplicar, sin demasiada exageración, la frase del poeta latino: "Un hijo nacido sin madre", "*proles sine matre creata*", pues el *Discurso del Método* es el análisis y el comentario de esta matemática maravillosa, o mejor, de una ciencia del mismo género, que llega a hacerse capaz de abrazarlo todo. Él creó el ideal de la física, al trazar los lineamientos de un mecanismo universal. Él creó un espiritualismo que debía servir después de modelo, porque no retrocedía frente a las delimitaciones tajantes, porque afirmaba atrevidamente la coexistencia del alma con el cuerpo, del pensamiento con la extensión, de la libertad con la necesidad y del mundo con Dios. Él creó la metafísica moderna al lanzar el espíritu por la vía de un idealismo en que Descartes quiso detenerse a medio camino, pero sobre el que otros han continuado hasta el fin. Él creó un ideal de educación que no deberíamos perder jamás de vista y que podemos definir como la sustitución completa de la razón por la memoria, con la idea implícita de que el verdadero conocimiento tiene menos relación con una información superficial enciclopédica, que con una ignorancia consciente de sí misma, pero acompañada de la resolución de saber. Él creó, singularmente en el *Discurso del Método*, la forma que debía adoptar en lo sucesivo la filosofía francesa, renunciando a hablar en latín para entrar en una comunicación generosa con todos, ya que, efectivamente, en concepto de Descartes, la virtud por excelencia es la generosidad. Evitando, por lo demás, hasta donde esto es posible, los términos que engloban ideas ya hechas, y forzando así a las palabras usuales a tener actividad bastante, a

enlazarse con bastante sabiduría, para figurar pensamientos nuevos, Descartes *convuló a inventar* al propio tiempo que sugería al filósofo el llegar a ser, por la virtud del esfuerzo, un poco de lo que era él por la misma gracia de su genio, o sea, un escritor. Pero más que nada, Descartes creó una actitud de espíritu que acabaría por imponerse a la filosofía no menos que a la ciencia; un erguirse digno, tal vez orgulloso, del pensamiento, frente a la naturaleza, lo mismo que frente a la tradición; una inflexible voluntad de independencia, y una confianza ilimitada en el poder de la inteligencia. Por último, en el terreno especulativo, Descartes creó la necesidad de crear, particularmente, la necesidad de engendrar, por el pensamiento, el objeto de estudio, en lugar de aceptarlo ya hecho, pues esto y no otra cosa es su geometría analítica, y es ello lo que da a su doctrina, sistematizada de diferentes maneras por los diferentes historiadores, una unidad que sería difícil precisar aún más, pues esta doctrina, citada a veces como el tipo mismo de la filosofía deductiva, es intuitiva esencialmente: intuitiva, en el sentido cartesiano, que se acerca al sentido usual, pero intuitiva además en el sentido en que algunos toman hoy la palabra, ya que Descartes ha hablado, sin darle un nombre, de un conocimiento que se adquiere absteniéndose de meditar, y haciendo uso solamente de la vida; así estaría formado, según una de sus cartas a la princesa Elizabeth, nuestro conocimiento de la unión del alma con el cuerpo. Resumámonos, pues, en dos palabras: a Descartes se remonta, directa o indirectamente toda filosofía. Quienes no lo hayan leído de cerca podrían tal vez juzgar que este *espíritu puro*, como irónicamente le llamara Gassendi, no se habría interesado sino medianamente en una exposición, por ejemplo, como la nuestra. Por mi parte, yo estimo que se habría paseado aquí con delectación, pues filosofía y ciencia él las confundía en una especie de conocimiento universal y les asignaba a ambas por objetivo convertirnos en amos y dueños de la naturaleza, haciendo alusión, sin duda, sobre todo, al estudio de la vida y en particular a la medicina, pero representándose esta búsqueda de tal modo que nuestra física y nuestra mecánica quedan presupuestas en ella. Comentaros recientes, partiendo de aquí, han podido ir muy lejos y sostener que en Descartes, la teoría está subordinada a la aplicación. "La física de Aristóteles, ha dicho uno de ellos, es una física de artista; la de Descartes, una física de ingeniero". ¿Es esto enteramente exacto? Yo respondería que sí, y, sin embargo, no. No, ciertamente, si el objeto último tuviese que ser el confort, el bienestar y aun la prolongación de la vida, cosa que, según Descartes, la filosofía nos procurará por intermedio de una biología convertida nuevamente a la física y a la mecánica. Sí, por el contrario, si se considera que, además de su utilidad material, las aplicaciones de la ciencia son otros tantos éxitos, por los cuales nos demostramos a nosotros mismos nuestra fuerza y afirmamos nuestra independencia y hasta nuestra soberanía. Descartes ha hecho tabla rasa del aristotelismo y, en

consecuencia, del método que procede por aproximaciones y conceptos preexistentes: los elementos nuevos sobre los cuales Descartes se propone operar, deben ser ideas claras y distintas. Pero ¿cómo va a reconocerse la claridad, que no es artificial o accidental, y la distinción que no depende de un arbitrario corte de la experiencia? Necesariamente por su eficacia, o mejor, tomando la palabra francesa en su sentido inglés, por su *eficiencia*. De suerte que la filosofía que engloba a la ciencia nos hará, poco a poco, dueños de la naturaleza, y este dominio, a compás de su progreso, suministrará a la vez una materia completa para la especulación filosófica. Teoría y aplicación se condicionarán así recíprocamente, en lo que podría llamarse, desde cierto punto de vista y en cierta medida, un pragmatismo metafísico.

Pensemos, pues, en la modernidad del cartesianismo, que ya era sorprendente mucho antes de que la Teoría de la Relatividad hubiese desviado de nuevo nuestra física en dirección cartesiana, y que podrá volver a ello si cualquier determinismo de nueva especie viene, como es probable, a traducir la indeterminación que ha descubierto una física reciente en el fondo de las cosas. Pensemos también en la modernidad de un autor que se adelanta tanto a su tiempo, así en la concepción del filósofo como de la filosofía. Descartes hace a un lado cuanto se decía de las cosas, para no ocuparse sino de las cosas en sí. Practicó el gran turismo, recorriendo primero como soldado, después por placer, Alemania, Hungría, Suiza, Holanda y algunos países más. Esa cooperación intelectual internacional que la Sociedad de las Naciones y el Gobierno francés han instalado en Ginebra y en París, Descartes parece haberla sentido cuando entraba en contacto con los sabios de diversos países, correspondía con una princesa, enseñaba a una reina. Organizó Descartes su vida como para extraer de ella el máximo rendimiento, radicándose en el extranjero y yendo también de un lugar a otro, a fin de conseguir mayor tranquilidad e independencia: era ésta, en su caso, la mejor manera de servir a su país. Desdeñó la ciencia libresca. Tuvo que aceptar la polémica, pero no la buscó nunca. En el salón hermético, en la atmósfera pesada en que discutían los profesionistas del pensamiento, Descartes fue el *amateur* de genio que llega sin que se le llame, abre de par en par las puertas y las ventanas, pide aire y luz e invita, y obliga, a respirar libremente. El lord canceller Bacon había hecho ya algo semejante. Descartes puso el ejemplo en grande. Cuando trato de imaginarme al hombre, le veo junto a su chimenea, en tierra alemana, "entreteniéndose con sus pensamientos", pero también le veo en el barco aquel en que la marinería conspira para robarlo y echarle enseguida por la borda; y Descartes lo advierte y sacando su espada, tiene a raya a los bandidos. Bien sé yo que suele discutirse mucho acerca de la relación entre acción y pensamiento. Mas el lema

que yo propondría al filósofo, y aun a todo hombre, es el más sencillo de todos y, en mi concepto, también el más cartesiano. Yo diría que es preciso obrar como hombres de pensamiento y pensar como hombres de acción.

(De *Les Nouvelles Littéraires*, París).

Un Artista, Jefe de Gobierno

P o r A N D R E G I D E

SEGURAMENTE no habría escrito este artículo si no hubiera sido por los señores Massis y Maurras. Me agrada mucho aplaudir las glorias nacientes; pero al alabar a alguien en el apogeo de su gloria, experimento menos alegría que malestar. Mi voz no agregaría aquí ninguna novedad, se diluiría simplemente en el coro, si no hubiera tenido la feliz ocasión de conocer a Léon Blum antes de que empezara su carrera. Massis hace datar nuestras relaciones desde los tiempos de la "Revue Blanche"; datan de más lejos; nos encontramos por primera vez en la clase de filosofía de Enrique IV.

Relataré el primer recuerdo que he conservado del líder socialista; está tan vivo y claro como si hubiera pasado ayer. Vuelvo a vernos, a Léon Blum y a mí, muy imbuídos de literatura y pasándonos de mano en mano unas copias de los "Sonetos" de Heredia, inéditos todavía, que había transcrito nuestro compañero de clase, René Berthelot... Aquel día, bajábamos por el bulevar Saint Michel y discutíamos de manera muy animada; se trataba de un punto sobre el que Blum y yo no lográbamos entendernos; Blum se permitía preferir Marivaux a Moliere! Eso me parecía enorme, y estaba tan ocupado protestando que no prestaba ninguna atención a las personas que pasaban junto a nosotros. De pronto, Blum se vuelve, da tres pasos hacia atrás. ¿Habrá reconocido a alguien? No; sencillamente lo ví acercarse a uno de esos pobres muchachos que reparten programas o prospectos. Blum cogió dos, y me tendió uno diciéndome cuando me alcanzó:

—Con eso se gana la vida el pobre hombre. Se debe sentir menos humillado cuando uno toma sus papeles.

Yo estaba muy sorprendido. Miré a Blum e inmediatamente comprendí que no había afectación en él. Y de pronto se abrió a mis ojos todo un mundo de preocupaciones, tal vez no tan ajenas a la literatura como me pareció al principio, a las cuales Léon Blum me invitaba a prestar atención. Este pequeño hecho, que él sin duda ha olvidado, fué para mí de gran importancia, y si lo cuento hoy día, es ante todo a modo de agradecimiento; es también porque deja ver que las cuestiones sociales encontraban aquí un buen terreno y que la actitud de Blum con respecto a